

EL DESENGAÑO EN UN SUEÑO

DRAMA FANTÁSTICO EN CUATRO ACTOS

A MI HIJO ENRIQUE

PERSONAS

LISARDO, joven.
MARCOLÁN, viejo mágico.

VOCES DE SERES INVISIBLES

DEL GENIO DE LOS AMORES.
DEL GENIO DE LA OPULENCIA.
DEL GENIO DEL PODER.
DEL GENIO DEL MAL.

PERSONAJES FANTÁSTICOS

ZORA, dama joven.
LISEO, viejo.
CLORINARDO. } Caballeros.
FINEO. }
NATALIO, viejo.
ARBOLÁN, guerrero.

UN REY.
UNA REINA.
UN PAJE.
UNA BRUJA.
DOS CAZADORES.
TRES VILLANOS.
DOS SOLDADOS.
DOS CABALLEROS.
UN CAPITAN.
UN ENTERRADOR.
EL DEMONIO.
UN ANGEL.
SALVAJES. }
SILFIDES. } Bailarines.
DONCELLAS. }
CANTORES.

Las músicas, comparsas y diferentes acompañamientos de cazadores, esclavos, guardias, etc., se anotan y llaman en las escenas en que deben figurar, para evitar confusión.

La acción, que se supone para los trajes acaecida á mediados del siglo XIV, pasa en un islote desierto del Mediterráneo.
Empieza al ponerse el sol y concluye al amanecer del día siguiente

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

El teatro representa una montaña de peñascos, descubriéndose por un lado el mar embravecido. En primer término á la derecha del espectador habrá una pequeña gruta practicable. El cielo representará el anochecer, cubierto de nubes borascosas. Se verán relámpagos y se oirán truenos, el bramido de las olas y el silbar del viento. — MARCOLÁN, mago, aparece dentro de la gruta, estudiando en sus libros á la luz de una lámpara, y rodeado de instrumentos mágicos. LISARDO vestido de pieles y con aspecto de salvaje, asomará por lo alto de la montaña, y bajará de peñasco en peñasco declamando los primeros versos.

LISARD. (Mirando despechado al cielo.)

Rompe tu seno pardo,
oscura nube, y lanza furibunda
el rayo abrasador, que ansioso aguardo;
el rayo que confunda
y en el inmenso mar sepulte y hunda
esta desierta roca,
que con la altiva frente al cielo toca,
y es, ¡oh destino impío!

cárcel estrecha de mi ardiente brio.

(Pausa, prosigue mirando al mar.)

Y tú, tremendo mar, ¿por qué, rugiente,
no rompes este freno de tus iras?

¿O eres tan impotente
que en vano á libertarte de él aspiras?

¡Ah, si yo fuera tú!... ¡Si yo tuviera
tu colosal poder!... Ni un solo instante
de mi curso delante

obstáculo ninguno consintiera:
y al encontrarlo, mi rencor profundo
con sus huellas borrara el ancho mundo.
¡Mas ah! no me escuchais. ¡O no son nada,
oscura nube, tu rugiente trueno,
ni tu empuje y furor, oh mar hinchada,
si otro poder mayor os pone freno!

(Pausa.)

Como vosotros yo, que arde en mi mente

fuego mayor que el que en los rayos arde,
y un alma más tremenda,
más indomable que la mar rugiente,
dentro mi pecho siente
de sus fuerzas hacer perdido alarde.
Y aquí atado y cautivo,
aquí como cobarde,
apénas sé si vivo,
puesto que el mundo ignora
que en él Lisardo mora.

¡Lisardo, el que pudiera
llevar su nombre á la encendida esfera!
(Pausa, prosigue mirando á la gruta.)

¡Oh padre!... padre no, tirano fiero,
que eres de un infelice carcelero,
maldito sea tu saber insano,
y ese tu afan prolijo,
que te hace ser de un desdichado hijo
inexorable y pertinaz tirano.

MARC. (Dentro de la gruta hablando consigo mismo.)

¡Miseria humanidad! Siempre maldice
la mano protectora que la ampara,
y que del precipicio la separa.

¡Miseria humanidad, siempre infelice!
Es mi anhelo salvar á mi hijo amado
de las borascas que en la humana vida
le tienen las estrellas prevenida,
y él su opresor me llama, despechado.

(Se va poco á poco despejando el cielo, y alzándose la luna en el horizonte, ilumina la escena con su luz azulada.)

LISARD. (Avanzando al proscenio.)

¿Es vida, ¡triste de mí!
es vida, ¡cielos! acaso
aquesta vida que paso
con sólo mi padre aquí?
Si condenado nací,
y sin esperanza alguna,
á que este islote mi cuna,
mi estado, mi único bien
y mi tumba, sea tambien,
maldigo yo á la fortuna.

Si tal mi destino fué,
que es imposible lo fuera,
¿para qué un alma tan fiera
dentro de mi pecho hallé?
¿Con qué objeto, para qué
arde esta insaciable llama,
que toda mi mente inflama,
de buscar, dándome anhelo,
aun á despecho del cielo,
oro, amor, poder y fama?

Enhorabuena el reptil
rampe en el vivar estrecho,
si allí goza satisfecho

toda su existencia vil;
pero el águila gentil,
de alas y valor provista,
en el sol clave la vista,
cruce las nubes voraz
y en ellas pregone audaz
del espacio la conquista.

No reptil, águila soy,
águila y he de volar
sobre la tierra y el mar.
(Corre decidido hácia la montaña.)

MARC. (En su gruta y hablando consigo mismo.)

No volarás, que aquí estoy,
Lisardo, y á darte voy
pronto una grave leccion
que calme en tu corazon
ese ciego desatino,
que te arrastra de contino
del mundo á la perdicion.

LISARD. Des echado y como detenido en medio de la escena por un impulso superior.)

¡Infelice!... Me olvidé
que á este escollo estoy atado,
donde del mundo ignorado
he nacido y moriré.
Si tal mi destino fué,
cúmplase pronto. Liberte
de esta cárcel, con mi muerte,
mi alma gigante yo mismo,
lanzándome en ese abismo
para burlar á la suerte.

(Va á arrojar al mar, y sale sobresaltado de su gruta Marcolán con una vara de oro en la mano.)

MARC. Tente, Lisardo, hijo mio;
insensato, ¿dónde vas?
Tente, que aunque bastan sólo,
para tu intento atajar,
la fuerza de mis conjuros,
pues no tiene otras mi edad;
quiero sólo con las voces
de mi cariño lograr
que desistas, hijo mio,
de tu designio fatal.
Torna, Lisardo, á mis brazos,
que para tí sólo hay paz
entre los brazos de un padre
que idolatrándote está.

LISARD. (Que se detiene á la orilla del mar en cuanto oye á su padre, vuelve y se arroja á sus brazos muy abatido.)

¡Oh padre!

MARC. Calma, hijo mio,
la espantosa tempestad
de tu corazon, más recia
que la que un momento há

esas esferas turbaba
y alborotaba ese mar.

LISARD. ¡Oh padre!

MARC. Mira, Lisardo,
cuál la nube huyendo va,
tornando el zafir del cielo
con suave luz á brillar
al reflejo de la luna,
astro benigno de paz.
Mira cuál bajan las olas,
que, montañas de cristal,
azotaban estas peñas
á empuje del huracan.
Huyan así de tu mente,
para no volver jamás,
esas oscuras ideas
que hacen tu infelicidad.
Y cálmese así tu pecho,
que no deben agitar
las fantásticas pasiones
tras de que perdido vas.
¿Qué te inspira, dí, Lisardo,
esa confusa ansiedad,
cosas que tú desconoces
anhelando sin cesar?

LISARD. Los impulsos de mi alma,
que á voces diciendo están
que he nacido para el mundo;
para en su centro lograr
amores, riqueza, fama,
poder, mando.

MARC. Basta ya.
Te comprendo. Mas, ¿qué sabes
tú de ese mundo ideal,
que existe en tu mente sólo?

LISARD. (Recobrándose y creciendo en vehemencia.)
¡Oh, padre mio, cesad!
que aunque estas ásperas peñas,
que ciñe en torno la mar,
mi cuna fueron, y son
mi cárcel siempre, y serán
tal vez, también, mi sepulcro,
no tan rudo soy, ni tan
salvaje, que no conozca
que en el mundo hay mucho más.
Esos tus libros lo dicen,
á quien tanto culto das,
y que te han dado esa ciencia
que profesas por mi mal.
Tus labios también lo han dicho,
complaciéndose en contar
de tu vida los portentos,
los recuerdos de tu edad.
Y aunque nunca de tus libros
devorara á tu pesar
las páginas, y aunque siempre

hubieras, cauto y sagaz,
puesto en tus labios un sello
que guardara la verdad;
que hay mundo, y cómo es el mundo,
por instinto natural
adivinara. Sí, padre,
baste de destierro ya.
Llévame donde hombre sea
y donde pueda lograr,
como hombre, amores, riquezas,
poder y dominio.

MARC. ¡Ah!

LISARD. Quiero mando, poderío,
gloria, fama...

MARC. Bien, tendrás
cuanto apetece, Lisardo.
Y á tu padre dejarás
en este desierto, solo,
decrépito... ¿Quieres más?

LISARD. (Con ternura.)
Padre idolatrado, quiero
vivir como racional,
mas bajo tu amparo siempre.
MARC. ¡Mi amparo!... insensato estás.
¡Mi amparo!... ¿De qué te sirve
si entras con la tempestad
de las humanas pasiones
del mundo en el hondo mar?
¡Ay, que entonces mi cariño,
mi ciencia, todo mi afán,
de nada han de aprovecharte!

LISARD. (Con entereza.)
¿De nada?... Pues bien está.
El aliento que me agita,
el encendido volcan
de valor y de denuedo
que arde en mi pecho tenaz,
me bastan, señor, y sobran;
y suficientes quizás
para serviros de apoyo
á vos, oh padre, serán.

(Con resolución.)

Salgamos de estos peñascos,
aquestos libros quemad.
Venid al mundo conmigo,
y vuestros ojos verán
que engendrateis un portento
de altas empresas capaz.

MARC. (Aparte.)
Vuelve á exaltarse su mente.
Ya la lección convendrá,
y que empiece á realizarse
mi bien combinado plan.
(Alto.) Hijo, Lisardo, sosiega
tu ardiente pecho. Serás
complacido por tu padre.

Lograrás tu ansiedad.
Pero de la noche el manto
cubre el firmamento ya.
Calma en sosegado sueño,
calma, hijo mio, tu afán.

LISARD. (Como soñoliento.)
De lo que hoy he padecido
estoy, señor, en verdad
tan fatigado... que empiezo
dulce descanso á anhelar...
Reposaré.

MARC. (Llevándole lentamente al fondo del teatro á la
izquierda del espectador, donde habrá en tierra
un lecho de ramas secas.)

Sí, hijo mio.

(Aparte.)

Ya empieza el conjuro á obrar.
Le tocaré con la vara
y al sueño se rendirá.

(Le toca, y prosigue alto.)

Sí, hijo mio, sí, descansa,
pues convidándote está
de secas algas el lecho,
que aquí orillas de la mar
halagan las blandas brisas
que en torno volando están.

LISARD. (Acostándose en el lecho.)

Sí, padre mio... Sí, padre...

El sueño ganando va
mis sentidos... halagado
por la esperanza que has
dado á mi pecho... Esta noche
soñaré felicidad. (Queda dormido.)

MARC. (Contemplándole con cariño.)

¡Hijo del alma!... ¡Hijo mio!...

En sueño profundo está.
Ahora desengaños sueñe
que pongan fin á su afán.

(En medio de la escena en actitud imponente y
solemne.)

Espíritus celestes é infernales,
genios del bien y el mal, que los destinos
por ocultos caminos
dirigís de los míseros mortales.

Al gran poder de mi saber profundo
obedientes venid, que ya os aguardo,
y al dormido Lisardo
mostrad en sueños cuanto encierra el
(mundo.)

En vagas vaporosas ilusiones,
y en fantásticas formas, vea su mente
cuanto anhela imprudente,
y ancho campo ofreced á sus pasiones.

(Gira la vara en derredor.)

Ya os miro en torno revolver, ya os veo,
ó desde el centro de la tierra oscuro,

ó desde el aire puro,
obedientes venir á mi deseo.

(Se oye una música suave y armoniosa, y una
voz dulce dice desde las bambalinas.)

VOZ DEL GENIO DE LOS AMORES

Yo, númen de los amores,
le coronaré de flores
y, atándolo en tiernos lazos,
colocaré entre sus brazos
la más insigne beldad.

Y encantado con su acento,
y embriagado con su aliento,
apurará en las delicias
de sus amantes caricias
la humana felicidad.

(Suena á la izquierda del teatro una música
llena y alegre, y en seguida dice una voz so-
nora:)

VOZ DEL GENIO DE LA OPULENCIA

Yo dispongo del oro y riqueza,
y á tu mágico impulso obediente,
á sus ojos dormidos, patente
cuanto alcanza mi imperio pondré.

Y la pompa oriental y grandeza
gozará venturoso en el sueño,
y de inmensos tesoros el dueño,
mientras dure el encanto, le haré.

Aroma y bálsamos
respirará.

Sedas y púrpuras
se vestirá.

Ricos alcázares
habitará.

Y en la demencia
de la opulencia
se perderá.

(Suena á la derecha una banda de música mi-
litar tocando una marcha guerrera, y dice una
voz robusta:)

VOZ DEL GENIO DEL PODER

Yo, que de la ambición y de la gloria
el genio soy audaz,
su pecho tornaré, con mi alta llama,
en hoguera voraz.

El lauro ceñirá de la victoria
su envanecida sien,
y su nombre en los cantos de la fama
escuchará también.

Y un pueblo rendido
á sus piés verá,
y desvanecido
lo dominará.

(Se oyen truenos subterráneos mezclados con música sorda y lúgubre bajo el tablado, y luego dice desde allí una voz áspera y satánica:)

VOZ DEL GENIO DEL MAL

Yo marchitaré
las lozanas flores.
Yo envenenaré
los dulces amores.
Y en horrores
sus delicias tornaré.
La riqueza
y grandeza
afán
serán
de su pecho,
por la avaricia y el terror deshecho.
Y la indomable ambición
su corazón
al crimen arrastrará,
y en hondo precipicio lo hundirá.

MARC. (Extendiendo la vara á un lado y otro.)
Comenzad, genios que me estais hablando,
el orden proseguido de mis conjuros,
dentro la mente del dormido dando
formas visibles á los aires puros.

(Entra en su gruta: se sienta, coloca á sus piés
un reloj de arena, y prosigue leyendo en la
mayor abstracción, permaneciendo así hasta
el fin del drama.)

ESCENA II

Cruzan el teatro en todas direcciones ligeras gasas transparentes con figuras vagas y fantásticas, alusivas al amor, al poder, á la ambición y al crimen, y se van reuniendo al fondo del teatro, y delante del lecho de Lisardo, formando como una niebla blanquecina que lo cubra todo. Por un escotillon sale ZORA cubierta con una gasa blanca que le dé la apariencia de una sombra. La música toca una armonía lánguida y suave, que va concluyendo poco á poco en notas aisladas, y que van siendo imperceptibles. Se disipa luego repentinamente la niebla, y aparece un risueño y rústico jardín, iluminado por la luz de la aurora. El lecho de Lisardo alzado un poco del suelo y formado con flores, y cubierto por un pabellon de colores enlazado en las ramas de los árboles. Y en él estará dormido Lisardo, cuyo vestido de pieles se habrá mudado en uno rico de cazador. Aparecerá tambien un asiento rústico en medio del teatro, y caerá el velo que cubre á Zora, quedando ésta vestida con una túnica blanca y coronada de rosas. La gruta de Marcolan, y éste dentro estudiando, habrá estado siempre descubierta, y permanecerá así inmutable durante todo el drama, por más cambios de decoraciones que se verifiquen.

LISARD. (Incorporándose como admirado, y mirando á todos lados.)

¡Cielos!... En el mundo estoy.
Mi padre no me engañó.
Del islote me sacó.
Hombre cual los hombres soy.
No hay duda... ¡felice yo!

(Se levanta y corre de una parte á otra, pero sin reparar en Zora, que estará á un lado cogiendo flores.)

¡Oh! ¡qué risueño jardín!

Y no lo circunda el mar.
Desde aquí podré volar
por uno y otro confin...
¿Quién me lo puede estorbar?...

¡Cuán gozoso y satisfecho
miro el matutino albor!
Una y otra linda flor,
¡qué aromas dan á mi pecho!
¡Oh qué vida!... ¡Qué calor!

Aquí no escucho el bramido
de las olas, que decía
pavoroso noche y día:
¡Pobre Lisardo, nacido
bajo estrella tan impía!

No, que el risueño murmullo
de auras, hojas, aves, fuentes,
dan acentos diferentes,
que son dulcísimo arrullo
de mis venturas presentes.

Mas, ¿qué me detengo aquí?
Por linda que esta mansion
halague mi corazón,
aun estrecha es para mí.
Volemos á otra region.

(Repara en Zora, y queda sorprendido.)
¿Qué es... ¡oh Dios!... lo que allí veo?

Solo en el jardín no estoy...
¡Ah! que realizando voy
cuanto anheló mi deseo,
y todo ventura es hoy.

¡Una mujer!!!... Sí, y aquella
que en sombra leve y fugaz,
turbando mi eterna paz,
vió siempre gallarda y bella
mi delirio pertinaz.

Sí, la misma que mis ojos
en ilusión vieron vana,
ya en los perfiles de grana,
que ornan los celajes rojos
de la encendida mañana;

Ya entre las orlas de espuma
del adormecido mar,
sobre las playas triscar,
leve como leve pluma,
y mi pecho arrebató.

Y pues la suerte dichosa,
que hoy dirige mi destino,
portento tan peregrino,
de mis afanes tal diosa,
me presenta en mi camino;

Corro á exhalar á sus piés,
completando mi ventura,
el alma, que en llama pura
volcan encendido es
desde que ví su hermosura.

(Se acerca con timidez á Zora.)

Angel celestial...

ZORA. (Con sencillez y naturalidad.)
Lisardo.

LISARD. (Aparte sorprendido.)
¿Sabe, cielos, quién soy yo?...
Sin duda, pues me nombró...

ZORA. Hace tiempo que os aguardo.

LISARD. (Dudoso.) ¿Vos... me conocéis?...

ZORA. ¿Pues no?

LISARD. (Con vehemencia.)

Y yo os conozco tambien,
y ando tras de vos perdido;
y que tan sólo he nacido
para estar, pienso, ¡oh, mi bien!
á vuestro encanto rendido.

ZORA. ¿Pero mi nombre ignorais?...

LISARD. ¡Ah!... Sólo sé que os adoro;
todo lo demás lo ignoro.

ZORA. ¿Y de mí qué deseais?

LISARD. (Arrebatado.)

Amor... vuestro amor imploro.

ZORA. ¿Amor?... ¿Qué decís, Lisardo?...

¿Olvidais que Zora soy?...

¡Ah!... jamás os ví cual hoy.

De veros tal me acobardo
y temblando toda estoy.

LISARD. Mi encanto, mi único bien,
mi tesoro, mi alegría...

¡Oh lumbre del alma mía!

no miedo, lástima ten

de mi amorosa agonía...

Para tí sólo respiro,
y sin tí quiero la muerte.

¿Qué es vivir sin poseerte?

ZORA. (Turbada y vergonzosa.)

¡Lisardo!... Yo me retiro.

LISARD. ¿Puede mi amor ofenderte?...

¿Te ofende?... No seas cruel,

oye mi llanto, mi ruego.

ZORA. Crece mi desasosiego...

retírome del verjel...

LISARD. (Deteniéndola.)

¿Sin responder á mi fuego?...

¡Ah!... Esperad, oh bella Zora,

más bella que la mañana.

¡Ay!... Esa encendida grana

que vuestro rostro avalora,

¡cuánto, cuánto os engalana!

(Hincando una ródilla.)

¡Piedad de mí! No, no quiero

la vida sin vuestro amor.

Si dura tanto rigor,

si teneis pecho de acero,

me moriré de dolor.

ZORA. (Conmovida.)

¡Lisardo!... ¡Lisardo!... ¡Ay Dios!

No penseis que el pecho mio...

LISARD. ¡Cuánto á mi pasión da brío
la inquietud que advierto en vos!

ZORA. Y yo... basta... ¡oh desvarío!...

LISARD. (Tomándola una mano y besándosela con ansiedad.)

No basta... no... que un volcan
es mi pecho. El corazón
arde, y crece una pasión
en mí tan gigante, tan
de indómita condición,
Que... ¡Zora!... ¡Zora!... piedad.

(Abatido.)

No sé lo que pasa en mí.
Nunca en mi alma conocí
tan quemadora ansiedad...

(Con vehemencia.)

Ámame, ó me muero aquí.

ZORA. (Con acento enternecido.)

¡Mi Lisardo!

LISARD. (Enajenado.) ¡Oh deliciosa
voz, cual no escuché jamás,
y que embriagándome estás
el alma!...

ZORA. (Tímida.) Seré tu esposa...
¿Puedes, dí, pretender más?

LISARD. (Con ansiedad.)

Sí, mi esposa... y ¿me amas? dime.

ZORA. (Con ternura.)

Te amo... sí.

LISARD. (Levantándose fuera de sí.)

No puede ser
que á un hombre mate el placer,
si aun vivo. ¡Oh dicha sublime!
¡Cielos, me ama una mujer!!!
(Abraza á Zora.)

ZORA. Pero no basta, Lisardo,
que cual me dices me adores,
ni que corresponda amante
mi pecho á tus intenciones;
pues para ser yo tu esposa,
y darte de esposo el nombre,
es preciso que mi padre,
que habita un albergue pobre
en lo más repuesto y solo
de estos intrincados bosques,
me conceda su permiso,
bendiga nuestros amores,
y que en sus manos me jures
ante Dios y ante los hombres
la fe del estrecho lazo
que sólo la muerte rompe.

LISARD. (Impaciente.) Obstáculos á mi anhelo...

¿Quién indiscreto los pone?...

ZORA. (Asustada.) ¡Lisardo!...

LISARD. (Confuso.) No... Zora mía.